

FR. GERUNDIO.

CENTRALIZACION DE FONDOS.

Mi paternidad gerundiana, siguiendo por una vez el sistema de centralizacion que con tan malhadada suerte estableció el hermano Hompanera cuando estuvo á su cargo la mina misteriosa de la Gobernacion, se ha servido acordar que las pequeñas cantidades recogidas en la librería del hermano Sanz por suscripcion en favor de los desgraciados de Roa y Nava de Roa, se unan é incorporen á las que para igual objeto ingresan en el

gobierno político de esta capital, en cuya lista verán los suscritores cuando se publique, inscritos sus nombres en los mismos términos que lo habria de hacer Fr. Gerundio. Tendreislo entendido &c.

PISTOLETAZOS Y RAMOS DE GUINDAS.

Quejaríanse y con razon los franceses, y de parcial á Fr. Gerundio motejáran, si cuando pasan en Inglaterra cosas como las que en Francia pasaron, no hablára Fr. Gerundio de las cosas de Inglaterra como de las de Francia Fr. Gerundio habló. Y como Fr. Gerundio no es Mendizabal para apasionarse ciegamente por los ingleses, porque ¿qué tengo yo con los ingleses, siendo de Campazas? ni Fr. Gerundio es Isturiz para apasionarse ciegamente por los franceses, porque ¿qué tengo yo con los franceses siendo de Carabanchel? por eso hablando de ingleses y franceses puede Fr. Gerundio espresar su imparcialidad diciendo á imitacion de un célebre poeta:

ni pasión desigual, ni amor me ciega  
por aquellos á mí, ni á mí por estos.

Porque bien podria ser que acordándose los

francesitos de lo que de ellos dije en la capillada 182 del 1º de noviembre del año pasado, me dijeran: oia, Mr. Fr. Gerundio, ¿con que cuando en 18 de octubre yendo nuestros Reyes de paseo se acercó á su coche la loca de *Dorotea Gironelle*, y sacudió una pedrada á la Reina sobre una oreja; nos sacudió vd. á nosotros una capillada comparando las manías de los locos franceses con las manías de los locos españoles, y ahora que en 10 de junio del año 40 yendo tambien los reyes de Inglaterra de paseo se acercó el jóven *Eduardo Oxford* á su coche y los tiró dos pistoletazos; no dice vd. una palabra; hé? ¿Pues por qué, Mr. Fr. Gerundio; no há de tratarnos su Paternidad á todos igualmente?

En efecto fue así, que hablando del atentado de *Dorotea Gironelle*, que se decia estar privada de juicio, comparé la naturaleza de su locura en haberle dado por asestar á la vida de sus Reyes dirigiéndoles *sus disparos*, con la locura de *Manuel Andrillon*, español residente en Tarazona, que le daba por someter *sus disparos* al juicio de todas las autoridades, eclesiásticas, civiles, judiciales; militares y municipales (1). Y por eso que me acuerdo yo tambien; no quiero omitir hoy el comparar el suceso reciente de la Reina Victoria de Inglaterra con otro suceso reciente de la Reina Isabel de España, para que

---

(1) Debe leerse aquella capillada, artículo 1.º

se vea con qué distintos objetos se acercan los súbditos franceses é ingleses á los coches de sus Reyes, y los súbditos españoles al coche de sus Reina.

Sucedió pues, que en uno de los pueblos del tránsito de SS. MM. y A. para Zaragoza se vió á un labriego de la ribera del Jalon con un ramo de guindas en la mano correr exhalado hácia el coche de la Real familia clamando por ver á la Reina. Hubo de llamarse la atención de S. M. hácia aquel hombre, el cual acercándose á la portezuela del coche logró la suspirada satisfacción de poner en manos de S. M. la sencilla oferta de su ramo de guindo, que bien puede asegurarse tendria en ello mas placer que el que sintió Lúculo cuando despues de haber vencido á Mitridates hizo servir un ramo de cerezo para adorno de su carro triunfal, á cuyo ilustre guerrero y desde cuya época se atribuyo el haberse trasplantado y aclimatado en Europa el guindo y el cerezo, si hemos de creer á S. Gerónimo en su carta á la hermana Marcela, y todo lo demas.

S. M. la Augusta Gobernadora se dignó admitir la inocente y pobre ofrenda con su natural bondad, haciéndose cargo sin duda de que no era mas rico el presente de aquella dracma que ofreció en el cepillo la viuda pobre del Evangelio, y no por eso fué menos acepta á Dios de parte de quien otra cosa no tenia que podrá serlo á los ma-

nes de Napoleón el donativo de los tantísimos miles de francos que ha hecho el Mariscal Bertrand para el coste y gastos de traslación de las cenizas del Emperador desde Sta. Elena á París. Pero como observase el bueno del aragonés que S. M. la Reina Madre se quedaba con el ramo en la mano, no siendo aquella sin duda la intención del oferente, exclamó con española llaneza é ingenuidad: «no señora, es que no es para vd., que es para la Señoría, para la Señoría (querriendo significar por la *Señoría* la Reina niña).» Y no quedó satisfecho hasta que vió trasladar su ramo á manos de la excelsa é inocente Isabel.

Quiere decir que en Francia el hermano Luis Felipe no puede salir á la calle con la seguridad de que no habrá de saludarle la máquina infernal de *Fieschi*, la escopeta-baston de *Atibcau* ó una peladilla de *Dorothea Gironelle*, y que en Inglaterra no está libre la hermana Victoria de que la saluden al ir de paséo las pistolas de alguna *Oxford*; mientras que en España á Isabel y Cristina les salen á los caminos para ofrecerles sencillos ramos de guindas, que puechan y valen para el caso tanto y aun mas que si los ramos fueran de oronocizo y las guindas racimos de diamantes ó carbunclos.

Dicen que semejantes tentativas de regicidio en Inglaterra y en Francia y en otros países que muy mas ilustrados que nosotros se denominan, son productos de secretas sociedades que por ti-

culos. hán *la jóven Inglaterra, la jóven Francia, la jóven Italia*; que si tales frutos dan las tales niñas, hágalas á ellos buen provecho su juventud matona, con sus pedradas y sus pistoletazos; que por acá bien hallados estamos con nuestra *vieja España* y nuestros ramos de guindas, por mas rústicas é incultas manos si se quiere, pero tambien con mas leales y honrados corazones ofrecidos. ; Singular y notable contraste el que al mundo ofrecen los *pacíficos* reinos vecinos dirigiendo á sus *Reyes pistoletazos*, y la *belicosa España* saludando en medio de una guerra civil á sus Reinas con unánimes y vivas aclamaciones de júbilo y con sencillos *ramos de guindas*! Que la Reina lo medite; y sepa, que si sabrá, ser agradecida á las sinceras demostraciones de amor de sus pueblos. Que los pueblos lo contemplen, y sepan, que si sabrán, seguir admirando al mundo con tales demostraciones de amor á sus Reinas.

---

## Galera enciclopédica.

---

Pues como te iba diciendo, Tirabeque, la noche de la entrada de SS. MM. y A. en Zaragoza fué noche de azares. Ademas del disgusto que ocasionó el haber entrado de noche, (por disposicion, segun ahora se dice, de los médicos de cámara), el viento apagaba las luces como si lo hi-

kiera por comision especial de algun ministro es-  
 curantista: y lo que fué mas azaroso que todo  
 esto, la galera triunfal (1) dispuesta por la sec-  
 cion montada de artilleria de la milicia nacional,  
 tirada por seis mulas (la galera, no la milicia)  
 dirigidas por una comparsa de cíclopes, y dentro  
 de la cual iban varios músicos instrumentales y  
 vocales entonando alegres himnos patrióticos, dió  
 un repentino y espantoso vuelco que produjo la  
 catástrofe mas singular del mundo. La música  
 cesó ex-abrupto, los instrumentos de metal se  
 abollaron como tu cabeza, los de madera se rom-  
 pieron, el bombo rodó mas de 30 pasos, los cau-  
 tantes salieron unos heridos y otros contusos, un  
 bufo recibió un golpe en la cabeza bastante para  
 malpararle el órgano de la filarmonía, no acostum-  
 brado á entonar por aquella clave; otro se aplas-  
 tó las narices de la cara; cuál salió medio cojo de  
 una pierna, y cuál con una costilla magullada.

Todo en fin fue desentono, todo desconcierto;  
 cada cual se levantó como pudo, y en propios ó  
 en agenos pies se retiró cada uno á su casa á  
 reponerse de las fatigas de aquella azarosa jorna-  
 nada. Los cíclopes directores hubieron de resig-  
 narse de ver frustrado por aquella noche su plan  
 enciclopédico (2), y regresaron tan pesarosos co-

---

(1) La llamo galera, no porque no fuese elegante el  
 carró, sino por ser de figura de las galeras de José Arpa.

(2) Este *enciclopédico* no es derivado de *enciclopedia*  
 sino de *cíclopes*.

no te puedes figurar al punto de donde habían partido. Ya no hay que estrañar, Pelegrin, que el carro de Fontote cayera precipitado del cielo, puesto que el carro enciclopédico de los zaragozanos marchando por tierra firme y por vereda conocida se precipitó de aquella manera tan fatal.— Señor, eso debió consistir en la falta de ojos, porque yo tengo entendido que los señores circoples no tienen mas que un ojo en la frente, y eso no hasta para estos tiempos en que es menester marchar no digo con uno ni con dos ojos, sino con ocho como las arañas, ó con ciento como el señor Argos.— Eso no consistió en los cíclopes, Tirabeque, que los cíclopes de Zaragoza tienen su par de ojos tan corrientes y veyentes como cualquiera los puede tener, sino en haber cargado sobre el carro mas gente de la que burname<sup>te</sup> podía llevar; así como si al pueblo se le carga con mas impuestos de los que llevar puede, el pueblo sucumbirá como el carro de triunfo de Zaragoza.

### AQUI NOS TENEIS.

Pero al dia siguiente, Pelegrin, al dia siguiente fue cuando los aragoneses tubieron ocasion de dar salida y desahugo al gozo que como estancado en sus pechos á manera de aguas depositadas en algibe tenían. Al dia siguiente fue cuando enterró la augusta Gobernadora del sentimiento que

abrigaban los zaragozanos por no haber podido verlas á su satisfaccion en la noche anterior, dispuso satisfacer su justa ansiedad recorriendo en carrétela abierta en compañía de sus tiernas y amadas hijas la carrera de la víspera como para decirles: «consoláos, *aquí nos tenéis.*» Aquel día, Pelegrín, las casas se queda: un sin Zaragoza, porque toda Zaragoza estaba en las calles. Los vivas (dicen sus periódicos) rompian las paredes (1); y no lo estraño, porque los vivas de los aragoneses son como balas rasas, salen de pechos como obuses, y de gargantas como cañones; las aclamaciones (dicen) llegaban al cielo, como los clamores de los desventurados que el gobierno hace (esto no es suyo, que es de Fr. Gerundio); y las lágrimas de ternura (añaden) corrian de los ojos de todos.—Señor, eso de llorar no me parece propio de gente de tanto valor.—El llanto de teraurra, Pelegrín, no está reñido con el valor y la magnanimidad, antes se hermana bien con él y le da realce: los héroes casi todos han llorado alguna vez: César y Alejandro lloraron; quien no llora es Cabreca.—Tiene vd. razon, señor, y la prueba es que yo siendo lo que soy, lloro tambien algunas veces.

Pero lo mas tierno fue lo que sucedió á SS. MM. en la Albartería.—¡ Como, señor! ¡ A una albartería fueron á llevar á las Reinas! Pues di-

---

(1) *Eco de Aragon* del 20.

gole á vd. que estuvo bueno el obsequio! En tal caso hubieran llevado á los ministros para que viesen si eran por aquel estilo las que ellos han puesto y quieren todavia poner á los españoles.—No has de ser necio, Pelegrin, porque tales sandeces bien merecian una sobre las costillas del que las dice. La Albarderia es una de las calles de la carrera que SS. MM. andubieron.—Eso muda de especie, señor; y perdone vd.—Pues bien, un vecino de aquella calle habia colgado en medio de ella un globo, abriéndose el cual al tiempo de pasar la regia familia, salieron de él como unas treinta palomas que volando en todas direcciones ofrecieron un vistoso espectáculo á todas las gentes, y divertieron agradablemente á las excelsas niñas.—Señor, que me place la ocurrencia del hermano aquél, porque así vió S. M. que en Zaragoza donde le habrian dicho que encontraría heras encontró palomas.

Y diga vd, mi amo; la paloma-correo que le trae á vd. las noticias ¿estaría tambien entre aquellas?—No, hombre; la mia anda suelta, y es blanca como la que se posó en el coche de la duquesa de la Victoria al pasar por Ubierca. Ella estuvo tambien el dia 19 en Zaragoza escuchando la conversacion de dos paisanos, que al ver pasar las Reinas se decian: ¿pero no ves, chico, qué majetona es la madre? Y saluda á todo el mundo, chico; ¿pues no me ha hecho á mi una cortesía, tambien? Y yo creo.

que no me conoce: pues aquí en esta tierra la gente que ño se conoce no se saluda: ¿no es verdad, chico?—Ansina lo hay reparado yo también, que es una señora que saluda hasta los probes.—Oyes, Rumaldo; ¿y cual de las dos chiquitas es la Reinica?—Paéceme que debe ser la que va á la derecha de la madre.—Aquella debe de ser, porque va una mieja descolorida. Y no le quita tajada á su padre la angelica de Dios.—¡Probecica! La del Pilar la vuelva la salud pa que nos gobierne bien cuando sea mayorcica.—La virgen lo quiera, y nos dé salud á todos.—Oyes, Caitano, segun eso la otra será la infantilla.—¿Pos quién ha de ser, hombre?—¿Y sabes, chico, que es como una pelira?—Vaya si lo es; y qué alegrilla y qué chusea! Mira, mira, atiende cómo hace sus besamanos cuando echan vivas.—Hija de Dios, ¡y quién me diera poderte dar un beso! ¿Y estos angelitos eran los que nos querian sacrificar los pícaros faciosos?—Chico, no hables de eso, porque me entrito de cólera.

En esto las iban perdiendo de vista; echaron un par de vivas á la Constitucion y á las Reinas, y se fueron corriendo á salirles al encuentro á otra calle, porque si aquel dia no las hubieran visto tres ó quatro veces, hubiera sido para ellos no verlas ninguna: pues los aragoneses, Tirabeque, cuando no ven como quieren, no ven.

## FIESTAS FORNACALES.

¿Te acuerdas, Pelegrin, de aquellas fiestas que justificó en Roma Numa Pompilio en honor de la diosa *Fornax*, que se decía presidir al pan cuando cocía en el horno, y que de *fornax farinácis* el horno, se llamaban fiestas *fornacales*? —Señor, yo no entiendo de semejantes fiestas, ni las oí nombrar en mi vida, ni sé más de cosas de hornos sino que al principio se hacen los panes tuertos, y que nosotros nunca acabamos de hacerlos derechos, sino que cada día nos salen más torcidos, pues hace más de seis años que están cociendo, y en lugar de tortas de flor no salen sino pasteles mal amasados y peor cocidos. Esto es lo único que sé, señor.—Pues mira, por el estilo de aquellas fiestas se han hecho ahora otras también en Zaragoza para festejar á SS. MM. sacando los horneros en un carro en donde estaba figurado un horno: dos mozos de pala figuraban el ejercicio de su profesión, y de cuando en cuando arrojaban dobleros á la muchedumbre, ó tiraban otra clase de rosca; mas delicadas á los balcones, todo acompañado de su correspondiente orquesta, al son de la cual iban entonando himnos, y recitando décimas además, entre las cuales se oyeron las siguientes:

En vano sinceridad  
ostenta el jovellanista,

cuando á su alianza carlista  
 la llama fidelidad:  
 que quien por la libertad  
 no da el alma y corazon,  
 es carlista de opinion  
 tan villano como infiel,  
 porque el trono de Isabel  
 está en la Constitucion.

Contra ella en vano conspiran  
 los fingidos cortesanos  
 y en sus intrigas ufanos  
 cual insensatos deliran,  
 y es que el porvenir no miran  
 de su torpe alevosía,  
 y que muy bien ser podria  
 que lo que por muchos años  
 alcen ellos por años  
 lo vuelque el pueblo algun dia.

Señor, ¿dice vd. que el pan ó las rosas ó lo que era no lo cocian en el horno, sino que figuraban cocerlo y lo llevaban ya cocido?—Así parece que lo hacían, Pelegria.—Señor, bien demuestran las décimas esas que á los zaragozanos no se les cuece el pan en el horno.

### Y MAS Y MAS FESTEJOS.

En fin, Tirabeque, en los dos dias de permanencia de SS. MM. en Zaragoza todo fue una continuada fiesta. El comercio representó un combate naval en el Ebro con barcas iluminadas, con

arbol de fuego, animados himnos y alegres y brillantes danzas. Solo que ocurrió el incidente de que desapareció sin saber cómo una lanchuela de las más iluminadas.—Señor, esa lanchuela por fuerza sería en la que iba el ministro de Marina, que aburrido de las coplas que oíría cantar, tendría por prudente hacerse á la vela y largarse con viento fresco.—No; hombre; ni el ministro de Marina estaba allí, ni oyó tampoco aquellos ni otros himnos; porque en primer lugar, los dos ministros de Estado y Marina no salían á la calle, por causa del *mucho calor* que hacía, el de la Guerra fue el que tubo resolución para dejarse ver algunas veces; y en segundo lugar, que cuando las músicas y demas festejos llegaban cerca de la casa de algun ministro; fenómeno singular, Tirabeque! sin saber en qué podría consistir la causa de tan extraño suceso, se observaba que ni de las bocas de los cantantes salía una voz, ni de los instrumentos se oía salir sonido alguno: todos á un tiempo enmudecían como por encanto: una causa oculta y misteriosa parecia embargarles las voces, á semejanza del profeta Jeremías, cuando la primera vez que le habló el Señor no pudo pronunciar mas que: *A, á, á,* hasta que ya pudo decir: *Domine Deus, ecce nescio loqui:* «Señor Dios mio, mirad; no acierto á proferir una palabra (1).» Yo no sé, Pelegrina, yo no sé en

---

(1) Jeremías, capítulo 1.<sup>o</sup>

que podría consistir tan extraño fenómeno.

Señor, yo bien lo sé.—¡Hombre, la sabes! ¿Quién te lo ha explicado?—Señor, nadie: lo conozco yo.—¿Lo conoces tú! Dime, pues, ¿en qué consistiría?—Señor, consistía en que al llegar á las casas de los ministros....—¿Qué?—Que al llegar á las casas de los ministros; señor..... no les daba la gana de tocar ni cantar por darles ese desaire.—¿Sabes, Tirabeque, que sospecho has atinado con la verdadera causa del enmudecimiento?—Señor, páreceme que esto tenía poco que discurrir.

Allí, Pelegrin, todas las corporaciones, y hasta cada gremio de artesanos se esmeraron en festejar y obsequiar cada uno á su modo á SS. MM. distinguiéndose sobre todos el de los carniceros, los cuales á la media noche á caballo y vestidos uniformemente de cortas túnicas blancas; con pantalones y mangas de color de carne; rizado el cabello, y con hachas de cera encendidas en la mano precedían y seguían una magnífica y elegante carroza. En fin, Tirabeque mío, fuera largo y casi imposible el describir los festejos con que aquellos anarquistas de aquellos zaragozanos han demostrado el ardiente amor que profesan á sus Reinas, que es, como tu conocerás, el mejor elemento para la anarquía que se puede buscar.

Mas tambien los zaragozanos fueron obsequiados á su vez por los cortesanos, no creas que no. Cuando la Diputación provincial fue á poner en manos de S. M. la esposicion en que pedia se

dignase negar su sancion á la ley de ayuntamientos por creerla contraria á la Constitucion, el mayordomo de S. M. conde de Santa Coloma opuso á la corporacion una serie de reparos é inconvenientes para ver á la Augusta Gobernadora, tanto que vista su obstinacion hubieron de aguardar á la hora del besamanos. Entonces el diputado *Montañés* manifestó á S. M. en queja lo ocurrido con Santa Coloma...—Señor, bien dicen, que el *montañés* sabe bien donde el zapato le aprieta. Y aquí hacian falta muchos *Montañeses* como el de Zaragoza, porque hay muchos *Santas Colomas* que cuando á ellos no les conviene ó se les pone en el moño que alguno no haya de ver á la Reina, hacen de modo que no consiga verla, aunque sea por cosa que interese á la nacion, y si se ofrece aunque la Reina misma lo haya mandado.

—Ultimamente, *Pelegriñ*, al amanecer del dia 21, el dia mas grande del año, el dia que entró el estío, y el sol en *cáncer* ó en el signo del *cangrejo*, salieron SS. MM. y A. de la inmortal Zaragoza.—Señor, á buen tiempo se verificó; que tengo para mí que si hubiera cogido el estío á SS. MM. en Zaragoza, hasta el sol se hubiera librado muy bien de hacerse *cangrejista*, porque allí ni al mismo sol se lo tolerarian.

---

Editor responsable Francisco de S. Fuentes

---

IMPRESA DE MELLADO.